

TERRITORIALIDADES EN DISPUTA: MOVIMIENTOS SOCIALES, AUTOGESTIÓN Y RECURSOS NATURALES. EL CASO DE LA UTD DE GRAL. MOSCONI (SALTA, ARGENTINA)¹

Juan Wahren

INTRODUCCIÓN

La Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) surge en el año 1996 como un espacio aglutinador de extrabajadores de la empresa estatal de hidrocarburos Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) de la que habían sido desvinculados durante el proceso de privatización que comenzó en el año 1991. Hasta entonces, YPF había marcado económica, cultural y socialmente a sus habitantes y al territorio; generando lazos e identidades sociales que aún hoy, a casi dos décadas de su privatización, siguen teniendo vigencia simbólica, aunque los lazos sociales que YPF articulaba fueron desmantelados con el avance de la desocupación y el “desgarramiento social” que implicó social y culturalmente para la región la desaparición de la empresa estatal de hidrocarburos. Los trabajadores desocupados “ex ypefeanos” aglutinados en la UTD comenzaron a organizarse en reclamo de “trabajo genuino” y demandando la reestatización de YPF y los hidrocarburos. Luego,

1 Este artículo se publicó originalmente en Wahren (2012) “Movimientos sociales y territorios en disputa: Experiencias de trabajo y autonomía de la Unión de Trabajadores Desocupados de Gral. Mosconi, Salta”, *Trabajo y Sociedad* (19), Invierno, pp. 133-147, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Santiago del Estero. Para esta edición se actualizaron algunos datos así como algunos en torno a la noción de territorio y la territorialidad de los movimientos sociales.

durante la pueblada de 1997 que protagonizaron junto con la mayoría de los habitantes de las ciudades de Tartagal y Gral. Mosconi, se configuraron como uno de los principales referentes de la protesta en la ruta y, a partir de este hito fundante, tomaron al corte de ruta como su repertorio de acción de protesta por excelencia. Con el correr de los años volvieron a cortar las rutas en diferentes ocasiones ampliando sus demandas,

En ese mismo proceso de ampliación de demandas fueron integrando a diferentes sujetos sociales dentro de la UTD: mujeres y jóvenes sin trayectorias laborales previas, comunidades indígenas, sectores profesionales y de clase media de la región, pequeñas poblaciones de la región de Las Yungas, etc. A medida que fueron obteniendo recursos por medio de las acciones colectivas de protesta (planes sociales, herramientas, maquinaria, etc.) los fueron utilizando para la conformación de diferentes proyectos comunitarios, productivos y culturales que implicaron un entramado autogestivo sobre el territorio y los recursos naturales, en una disputa cotidiana con las empresas agropecuarias y petroleras que actúan en la zona.

En este sentido, nos interesa reflexionar acerca de las disputas ligadas a los usos y sentidos de los actores sociales en torno de los recursos naturales y el territorio; así como proponer un aporte analítico para abordar la problemática de los movimientos sociales latinoamericanos desde estas dimensiones de territorialidad y usos y sentidos de los recursos naturales.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA CONSTRUCCIÓN DE TERRITORIALIDAD Y LA DISPUTA POR LOS RECURSOS NATURALES

En su análisis sobre los movimientos sociales en y desde el contexto latinoamericano, Maristella Svampa (2008) plantea cuatro dimensiones características que tiene los mismos en nuestro continente: la territorialidad, la acción directa disruptiva, la demanda de autonomía y el desarrollo de formas de democracia directa. En este caso, nos interesa ahondar en la dimensión de la territorialidad y las disputas por los recursos naturales. Para ello utilizamos el concepto de “movimiento socioterritorial” del geógrafo brasileño Bernardo Mançano Fernandes (2005), que nos permite focalizarnos sobre los movimientos sociales que hacen del territorio un espacio de construcción social y de dotación de sentido. En este sentido, consideramos con Zibechi (2003) que la presencia del territorio y la cultura de los actores subalternos en los intersticios de las relaciones de dominación, son las que habilitan los procesos autonómicos. En estos casos es donde se introduce la problemática del territorio como un espacio en disputa,

construido por actores sociales antagónicos que resignifican ese espacio geográfico determinado, lo habitan, lo transforman, lo recrean de acuerdo a sus intereses, formas de vida y de reproducción social.

Así, los territorios se conforman como espacios geográficos pero al mismo tiempo se constituyen como espacios sociales y simbólicos, atravesados por tensiones y conflictos. El territorio aparece dotado de sentidos políticos, sociales y culturales. En efecto, “el territorio no es simplemente una sustancia que contiene recursos naturales y una población (demografía) y, así, están dados los elementos para constituir un Estado. El territorio es una categoría densa que presupone un espacio geográfico que es construido en ese proceso de apropiación –territorialización– propiciando la formación de identidades –territorialidades– que están inscritas en procesos que son dinámicos y mutables; materializando en cada momento un determinado orden, una determinada configuración territorial, una topología social” (Porto Goncalves, 2002, p. 230, nuestra traducción). Para complementar esta definición, retomamos a Mancano Fernandes quien plantea que el territorio es un “espacio apropiado por una determinada relación social que lo produce y lo mantiene a partir de una forma de poder (...) El territorio es, al mismo tiempo, una convención y una confrontación. Exactamente porque el territorio pone límites, pone fronteras, es un espacio de conflictualidades” (2005, p. 276, nuestra traducción). Así, el territorio es mucho más que un espacio geográfico, se encuentra cargado de sentidos y formas de ser rehabilitado y reconstruido, y es esta multiplicidad de usos y sentidos la que se expresa, en muchas ocasiones, a modo de disputa territorial.

En efecto, creemos que este anclaje territorial es una de las características singulares de los movimientos sociales de América Latina, esta reterritorialización en parte es producto del avance del capital, es “la respuesta estratégica de los pobres a la crisis de la vieja territorialidad de la fábrica y la hacienda, y a la reformulación por parte del capital de los viejos modos de dominación” (Zibechi, 2003b), pero de alguna manera es también una apuesta o elección de los propios movimientos que recuperan y resignifican políticamente sus territorios al tiempo que construyen o resignifican políticamente sus identidades como campesinos, indígenas, trabajadores desocupados o piqueteros, vecinos autoconvocados, etc. Así, para los movimientos sociales de América Latina, “el territorio aparece como un espacio de resistencia y también, progresivamente, como un lugar de resignificación y creación de nuevas relaciones sociales” (Svampa, 2008, p. 77).

En este sentido, nos orientamos a analizar acerca de la interrelación entre los momentos de *visibilidad* y *latencia* del movimiento (Melucci, 1994a). Hablamos de *latencia* para caracterizar al momento

de ausencia de acción colectiva en el espacio público, el momento en el cual los sujetos actúan “para adentro”, reforzando sus lazos solidarios y creando nuevas prácticas sociales, políticas y culturales. El momento de *latencia* es una “especie de laboratorio clandestino para el antagonismo y la innovación” (Melucci, 1994b, p. 146). Este momento posibilita a los movimientos experimentar sus prácticas políticas y sociales, e incluso (re)crear nuevas lógicas de acción colectiva que luego son puestas en práctica en los momentos de visibilidad. La irrupción en el espacio público, es un momento que tiene una fuerte función simbólica que, por un lado, cuestiona una política particular del sistema hegemónico y, por otro, pone en aviso al resto de la sociedad que existen conflictos y contradicciones en el sistema político. Al mismo tiempo, el momento de *visibilidad*, permite a los movimientos mostrar hacia el conjunto de la sociedad sus propias experiencias y modelos alternativos generados durante los períodos de *latencia*.

Desde esta construcción particular y contingente que se desarrolla en los momentos de latencia de los movimientos, es que podemos pensar a los espacios en los cuales algunos movimientos sociales interactúan, como “territorios en disputa”. En estos territorios, los movimientos sociales despliegan su potencia política, construyen los “laboratorios clandestinos para el antagonismo y la innovación” de los que nos habla Melucci para describir los momentos de latencia. En definitiva, los movimientos sociales “territorializados” complejizan e innovan, creando en esas prácticas desplegadas en el territorio otros modos de pensar y practicar la economía, la salud, la educación, la política, la cultura, etc. La economista mexicana Ana Esther Ceceña plantea esta cuestión en términos similares, entendiendo al territorio donde construyen sus prácticas los movimientos sociales como un “territorio complejo”, donde este es entendido como un “espacio material y simbólico de asentamiento y creación de la historia y la cultura, así como de la construcción de utopías colectivas y alternativas societales, es el punto de partida de la construcción de identidades y el lugar donde se forjan las comunidades de destino (Otto Bauer), el origen de los significantes primarios de la simbólica regional (Giménez, s/f) y el espacio de derecho, libertades y posibilidades para vivir y crecer en la propia cultura (Robles, 1998, p. 2). El diseño de una nueva geografía y la construcción/modificación de los modos de uso del territorio implican entonces una transformación profunda de las relaciones sociales, de las relaciones entre naciones, de las historias y culturas regionales y del imaginario colectivo como expresión del juego de fuerzas entre las distintas visiones del mundo” (2001, 13).

En efecto, aquellos movimientos sociales que se plantean algún tipo de construcción política, social, económica y/o cultural en el

territorio en el que interactúan, necesariamente, entran en conflicto con un “otro” que también disputa el territorio, lo modela y lo controla; la “construcción de un tipo de territorialidad significa, casi siempre, la destrucción de otro tipo de territorialidad, de modo que la mayor parte de los movimientos socio-territoriales se forman a partir de procesos de territorialización y desterritorialización” (Fernandes, 2005, p. 279, nuestra traducción). Estos procesos comportan tanto transformaciones en el territorio como en los actores en disputa. En este sentido es que puede pensarse a los movimientos sociales que luchan por los recursos naturales o por demandas arraigadas en una identidad territorial como “socio-territoriales”, es decir, como movimientos que procuran demarcar y controlar sus territorios, generalmente en disputa con otros actores sociales como el Estado y/o empresas multinacionales. Así puede afirmarse que “el territorio es un espacio de vida y de muerte, de libertad y de resistencia. Por esa razón carga en sí su identidad, que expresa su territorialidad” (Fernandes, 2005, p. 278, nuestra traducción).

Al indagar acerca de los procesos de apropiación de los territorios y los recursos naturales aparecen dos modelos antagónicos; por un lado, se encuentra el modelo hegemónico de desarrollo ligado al *sistema/mundo moderno capitalista y colonial* (Quijano y Wallerstein, 1992); y, por otro, se encuentran las formas de apropiación y relacionamiento con el territorio y la naturaleza de diferentes actores y movimientos sociales.

La primera característica del sistema de desarrollo hegemónico es que este genera desigualdades de recursos y poder en múltiples ámbitos: diferencias entre las clases sociales (capital/trabajo), en los roles subordinados de la mujer en la lógica patriarcal, en las relaciones de opresión hacia las minorías raciales y sexuales, etc. La segunda característica es que estas relaciones económicas, promueven formas de sociabilidad basadas en los beneficios personales en detrimento de lógicas solidarias y colectivas; y, la tercera es que el desarrollo del capitalismo y la creciente explotación de los recursos naturales genera un riesgo global sobre el medio ambiente, poniendo en peligro las posibilidades biológicas de la vida en el planeta (Santos, 2002, p. 26). En síntesis, las relaciones mercantiles impuestas por el sistema capitalista neoliberal promueven la desigualdad entre los sujetos, el individualismo y la destrucción del medio ambiente. En este sentido, tal como lo plantea Karl Polanyi, la noción liberal de un “mercado autorregulado” es irrealizable porque generaría la propia destrucción de la humanidad y del planeta, así “tal institución no podría existir durante largo tiempo sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad; habría destruido físicamente al hombre y transformado su ambiente en un desierto” (1992,

p. 17). Si los seres humanos y la tierra (y los recursos naturales) son subsumidos a los mecanismos del mercado, implica que es “la sustancia de la sociedad misma la que se subordina a las leyes del mercado” (Polanyi, 1992, p. 80). En este sentido, “el discurso utilitario reemplaza el término naturaleza con el término recursos naturales, focalizando en esos aspectos de la naturaleza que pueden ser apropiados para el uso humano [...] las plantas consideradas valiosas devienen cultivos, las especies que compiten con ellas se estigmatizan como hierba, y los insectos que se las comen son estigmatizados como plagas” (Scott, 1998, p. 13, en Ceceña, 2008, p. 72).

Por otra parte, desde los comienzos del capitalismo, diversos actores sociales fueron proponiendo resistencias y construyendo alternativas políticas y económicas a esta lógica mercantilista. En tal sentido, resulta importante rescatar aquellas formas de producción campesinas e indígenas que sobrevivieron a distintos modos de producción desde los comienzos de la agricultura, adaptándose a los cambios productivos y a las presiones estructurales y políticas de los cambios económicos a nivel mundial; resistiendo desde su forma de producir y reproducir la vida campesina e indígena, ligadas a la producción para el autoconsumo, en una relación de reciprocidad con la naturaleza (García Guerreiro y Wahren, 2007). En este sentido, otros actores sociales como, por ejemplo, los trabajadores desocupados, también han comenzado a experimentar alternativas de producción, comercialización y utilización de los recursos naturales que implican algunas rupturas con el modelo de desarrollo hegemónico. En este sentido, retomamos a Arturo Escobar quien afirma que “la construcción de paradigmas alternativos de producción, órdenes políticos, y sustentabilidad son aspectos de un mismo proceso, y este proceso es impulsado en parte por la política cultural de los movimientos sociales y de las comunidades en la defensa de sus modos de naturaleza/cultura. Es así como el proyecto de movimientos sociales constituye una expresión concreta de la búsqueda de órdenes alternativos de producción y ambientales” (2003, p. 133). Por último, proponemos que aquellos territorios que son habitados y practicados por los movimientos sociales desde estos paradigmas alternativos a la territorialidad hegemónica del sistema mundo capitalista, colonial y patriarcal se configuran en “territorios insurgentes” (Wahren, 2011) donde despliegan todo su potencial emancipatorio en las diversas esferas de la producción y la reproducción de la vida en común: la producción económica autogestionada, la salud comunitaria, la educación popular, la autodefensa, las culturas populares, el autogobierno; en definitiva, la autonomía de los sujetos y de los pueblos. En definitiva, esta territorialidad insurgente se convierte en el principal sustrato de la autonomía de los movimientos sociales.

EL PROCESO DE TERRITORIALIZACIÓN DE LA UTD: ENTRE LA AUTOGESTIÓN Y LA RECUPERACIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES

“Cuando fui a la ruta fue para recuperar los recursos naturales, no fui para pedir planes sociales”.

José “Pepino” Fernández, referente de la UTD.

El proceso de territorialización de la UTD se encuentra anclado en el despliegue en el territorio de una serie de proyectos autogestionados que la organización comenzó aproximadamente desde el año 2000 (Svampa y Pereyra, 2003; Wahren, 2008). Dichos proyectos abarcan desde trabajos comunitarios para la localidad (arreglo y limpieza de plazas, construcción de centros de salud y aulas en escuelas, cooperativa de viviendas, etc.), proyectos productivos (herrería, aserraderos, ladrilleras, huertas, talleres textiles, entre otros) y proyectos culturales y educativos (un proyecto de universidad popular, la reapertura del cine de la localidad, talleres de cine, construcción y gestión de una escuela rural, etc.):

Nosotros nunca hemos estado de acuerdo con los planes Trabajar pero finalmente sí los aceptamos y, a la vez, los hemos ido reconvirtiendo en el sentido de hacerlos productivos... pero eso ha sido por idea de nosotros nomás, porque mayormente cuando los planes han empezado acá eran para limpiar las acequias, para barrer las calles... así eran los proyectos... y nosotros no, nosotros cuando nos dieron los primeros planes, me acuerdo en enero del 2000, lo primero que atacamos fueron las escuelas, empezamos a refaccionar, hacía 15 años que no se refaccionaban las escuelas primarias... fuimos refaccionando eso... luego de a poco empezamos con otros proyectos como ladrilleras, las huertas, el taller de herrería y soldadura, y muchos otros. Y bueno así los fuimos haciendo productivos, porque esto ahora queda para siempre... (Tomás Moreno, responsable taller de herrería UTD, entrevista año 2004).

Los proyectos autogestionados resultan, entonces, estratégicos para la reconfiguración territorial que realiza la UTD. Son estos emprendimientos, en conjunción con las acciones colectivas de protesta, los que le dan una proyección territorial al trabajo cotidiano de la UTD, los que la relegitiman como un actor social y político central de la región, Nuestra hipótesis es que sin este desarrollo territorial no habría

sido posible para la UTD alcanzar los altos niveles de movilización y apoyo de las poblaciones de la región que ha demostrado a lo largo de su desarrollo. Es esta impronta de trabajo comunitario y productivo, expandido en el territorio, en disputa permanente con los actores más poderosos y relevantes de la zona, las que reconfiguran a la organización. Así, la UTD aparece como una organización donde “se articulan acciones colectivas, acciones de protesta, acciones políticas, acciones de disputas por territorios, generación de territorialidades, etc. Es decir, estas acciones no se agotan en la salida al espacio público sino que tienen un claro sentido de disputa territorial” (Giarracca, 2007, p. 152). Durante este proceso de territorialización construido desde la propia práctica cotidiana, la UTD ha ampliado sus demandas sociales, sumando demandas y objetivos políticos en sentido amplio, ha entretejido alianzas con otros actores sociales locales más allá de los trabajadores desocupados, y ha tomado al territorio y los recursos naturales como parte de sus objetivos políticos y estratégicos.

Porque primero los planes trabajar no los queríamos, y al hacerlos productivos se han dado cuenta que hemos hecho más que el municipio. Y llegó a ser un poder paralelo al municipio, sin darnos cuenta y no teníamos esa ansiedad de poder porque vos cuando estás trabajando, trabajando con toda la gente pero no pensando en el poder sino pensando en hacer cosas (...) Porque nosotros no hemos pasado por la función pública ni nada. Todas las cosas que hacemos, las hacemos, como decimos comúnmente, *de prepo* (José “Pepino” Fernández, entrevista, 2006).

Este desarrollo de proyectos marca y reconfigura un territorio que había sido “abandonado” por la empresa estatal YPF a partir de su privatización y que hoy aparece en disputa por sus tierras y recursos naturales con una diversidad de empresas petroleras, madereras y sojeras, en el marco de un proceso de activa intervención desregulatoria del Estado. En este sentido, resulta interesante observar cómo se da la disputa en los territorios rurales sobre los cuales el modelo del “agronegocio” ha realizado un avance considerable en las últimas décadas, así como se ha acrecentado la lógica extractiva de la industria petrolera y maderera en la zona, que afecta a las selvas y los montes de la región, contaminando ríos y reservas de agua, degradando no solo al medio ambiente sino también las formas de vida de las poblaciones de la región.

En este contexto, algunos de los proyectos de la UTD, sobre todos los del ámbito rural y agropecuario, así como aquellos ligados a la preservación del medio ambiente, adquieren una relevancia estratégica

en la disputa por estos territorios, ya que se encuentran geográficamente en los límites del avance de la frontera agropecuaria, y de la explotación petrolífera y maderera. Se plantea una disputa territorial concreta con estas empresas que cercan caminos y bosques, delimitan espacios para la explotación de los recursos naturales y privatizan, de hecho, los bienes naturales comunes, como el agua y a biodiversidad de la región. Frente a este avance, la UTD ha ensayado una respuesta desde el propio territorio que permita plantear una alternativa productiva y social a la territorialidad excluyente ejercida por las empresas multinacionales.

Estamos rodeando a las empresas, así como las empresas nos van cercando a nosotros con los alambrados y los desmontes, con las barreras en los caminos de las yungas; nosotros vamos haciendo un anillo más grande rodeándolos a ellos con los proyectos agrícolas, con la escuela en la frontera, con la reserva ambiental en Las Yungas, con los barrios de viviendas y así los vamos rodeando y recuperando nuestros espacios que antes eran de todos (Juan Carlos “Gipi” Fernández, referente de la UTD, entrevista año 2005).

De esta manera, la UTD construye un “mapa regional” donde plantea un plan estratégico de desarrollo territorial de la propia organización, y para la comunidad en general, que se contrapone política y geográficamente con los despliegues territoriales de las multinacionales del agronegocio y el petróleo.

Frente a ellos [las empresas multinacionales], lo que hacemos parece nada, pero nosotros frenamos. Ellos destruyen y nosotros frenamos. En pequeña escala pero frenamos (...) Todo se va: la energía, la riqueza de nuestras minas, el agro, la pureza de los ríos... porque su explotación no está regulada y la depredación avanza cada vez más rápido y a medida que eso pasa, nuestras familias se enferman y se empobrecen. La concentración de poder económico nos está matando, literalmente hablando (Fernández, 2008, p. 160).

Esta recuperación territorial de la UTD abarca la ciudad de Mosconi, pero también incluye pueblos aledaños, comunidades aborígenes y poblados alejados donde se encuentran distintos recursos naturales como agua, tierra, hidrocarburos, biodiversidad, etc. Así, en los últimos años, la UTD ha sumado en su entramado territorial diversos proyectos y acciones colectivas en torno a la defensa y preservación de los recursos naturales, el medio ambiente y la biodiversidad de la zona, así como para una utilización “racional” de los recursos naturales.

Acá todos quieren ganar en forma rápida con los recursos naturales. Pero nosotros pensamos que a los recursos naturales hay que utilizarlos en forma racional. Porque antes YPF era racional, YPF explotaba racionalmente el petróleo que hay y vivían miles de familias con eso, ha visto? Y los indígenas estaban bien porque nadie le tocaba su río, nadie le tocaba su monte, nadie le tocaba su selva, viste? Nadie le contaminaba... YPF no te desmontaba mucho, viste? En realidad, YPF empezó a contaminar desde la dictadura; cuando cambiaron la forma de extraer el petróleo, exactamente desde el año 1977. Ahí empezaron a usar unos productos químicos que contaminan todo. Ahora todo lo que hacen esas empresas contamina. Las empresas destruyen el medio ambiente para abrir los caminos, desmontan, queman el monte, queman todo. A las empresas que vienen acá nos les importa nada (José “Pepino” Fernández, referente UTD, entrevista año 2006).

Toda la destrucción que se ha provocado con las inundaciones a través de lo que por ahí dicen entre comillas la situación climática, no ha sido por la situación climática sino ha sido una destrucción del hombre, una destrucción por parte de quienes concentran poderes económicos. En este caso, las empresas multinacionales, las empresas del agro y las empresas madereras, así que en ese aspecto también hemos dado un paso adelante por defender nuestros recursos naturales (Juan Carlos “Gipi” Fernández, referente de la UTD, entrevista 2006).

Es, entonces, en los momentos de *latencia*, cuando la UTD ha ido conformado esta trama de proyectos productivos, comunitarios, sociales y culturales autogestionados que, desde nuestra perspectiva, constituyen también un entramado político que tiene al territorio como uno de los espacios privilegiados de sus acciones y una resignificación de la idea de estado a partir de una práctica que los propios actores definen como “recuperación de estado”. Para conformar este entramado territorial, la UTD ha recuperado distintos edificios de la vieja YPF transformándolos en sedes de distintos proyectos autogestionados, ha recuperado terrenos abandonados por YPF o la Municipalidad donde también han realizado actividades comunitarias y/o productivas. También este proceso implica la recuperación de su identidad como trabajadores en el proceso de territorialización regional.

Cuando en el año 2000 había desaparecido la educación, la salud, la investigación, etc. nosotros buscábamos recuperar los recursos humanos perdidos con la liquidación de YPF. Hablamos de la recuperación de recursos humanos y lo ponemos al mismo nivel de importancia que los recursos naturales porque a veces se ignora la gravedad que implica

su pérdida. En función de ello, la Unión de Trabajadores Desocupados hizo un plan regulador con el que estamos trabajando hasta el día de la fecha (Fernández, 2008, p. 158).

Estas acciones implican, entonces, una intervención *política, económica y comunitaria* del movimiento social sobre un territorio determinado, en confrontación con las empresas petroleras multinacionales que actúan en la zona y en tensión y “competencia” con el Estado en sus distintos niveles. Frente a la desconfiguración territorial y social que significó la privatización de YPF durante la década de 1990, la UTD ha intentado recuperar el tejido social resquebrajado por las privatizaciones, la desocupación y la pauperización de la infraestructura económica y social de la región y de sus habitantes. Es en este sentido que podemos afirmar que la UTD no funciona solamente como un “sindicato de trabajadores desocupados”, un “municipio paralelo” o un “sindicato paralelo”. La UTD opera, además, en el proceso de reapropiación territorial, como la “YPF paralela”, en el sentido territorial y político que había adquirido la ex YPF estatal en la región. La UTD ha “marcado” y nominado el territorio tal como lo hacía anteriormente YPF, tanto en el aspecto productivo, como en el aspecto comunitario, social y cultural. Obviamente, la UTD funciona como reemplazo simbólico y territorial de YPF y no en el sentido literal de la producción petrolera², sino más bien en la reconfiguración del entramado social y comunitario que implicaba la acción de la empresa estatal. En este sentido, la UTD intenta ser un factor de reactivación económica, laboral y social de la región; con la peculiar característica de que, en general, sus modos organizativos operan por fuera de la institucionalidad estatal.

Cabe destacar que este proceso de territorialización de la UTD se genera desde las prácticas cotidianas, sin encontrarse anclado en representaciones teóricas preestablecidas por los integrantes de la organización. En este sentido, las implicancias políticas y sociales de este proceso de territorialización se dan de manera pragmática e inconsciente. Retomando a Scott (2000), podemos afirmar que los actores sociales subalternos en muchas ocasiones tienen “proyectos estratégicos que no formulan de modo explícito, o por lo menos, no lo hacen en los códigos y modos practicados por la sociedad hegemónica” (Zibechi, 2008).

2 Aunque cabe señalar que una de las demandas principales de la UTD es la nacionalización de los hidrocarburos y la recuperación de YPF, así como tiene, entre sus proyectos a largo plazo, la intención de poner en producción cooperativa pozos petroleros marginales de la región, abandonados por las empresas multinacionales.

Acá nosotros no somos grandes pensadores, en el sentido de darle un sentido más filosófico a la cosa. Pero es como que nos nace de adentro y con distintas palabras, con distintas actividades siempre vamos hacia un mismo lugar. Hay mucha coincidencia, a veces ni siquiera hablamos, pero todos coincidimos hacia qué rumbo vamos (Rodolfo “Chiqui” Peralta, referente de la UTD, en González Bazán, 2001).

Vemos a veces nuestro crecimiento como un “municipio paralelo”, pero nuestro crecimiento y el desarrollo que hacemos es libre y a favor de la gente, como decimos nosotros, es inconsciente. Yo creo que si sería (sic) más consciente, sería mucho más jodido, más peligroso. Entonces es inconsciente, a lo mejor la UTD es desorganizada en la organización, pero yo creo que este matiz que tiene, esta característica que tiene, le da la posibilidad de muchas cosas. Se le abren muchas puertas, y también se le cierran puertas. Pero esta inconsciencia le da eso, tenés siempre gente. Así como se va la gente, también viene gente. Y tenés esa posibilidad abierta que te da... que seas libre. Yo creo que con otro sistema, si fuese una organización más cerrada, sería más jodido (Juan Carlos “Gipi” Fernández, referente UTD, entrevista año 2005).

En este sentido, los procesos de construcción de territorialidad que lleva a cabo la UTD en su construcción cotidiana, así como los potenciales espacios de autonomía generados en este proceso no suelen adquirir una dimensión explícita en los discursos de los integrantes de la UTD. Sin embargo, creemos que estas dimensiones se encuentran presentes tanto en las prácticas de la organización como en ciertos discursos que hemos recuperado en esta investigación. De esta manera, proponemos enmarcar estos procesos de territorialización en lo que podríamos denominar una “autonomía pragmática”³ de la UTD, donde se conjugan elementos disruptivos con el orden hegemónico y prácticas preformativas de lo político con anclajes en el imaginario del mito del “estado benefactor ypefeano” y estrategias pragmáticas de articulación a las lógicas estatales e institucionales de la política.

Por último, podemos afirmar que este proceso de territorialización de los movimientos sociales genera una disputa concreta en el territorio; una disputa que adquiere, entonces, un sentido político.

3 Agradezco a Maristella Svampa quien en una comunicación personal sugirió la idea de “autonomía pragmática” para ilustrar lo que yo intentaba describir como una construcción de autonomía en la práctica, para dar cuenta del complejo proceso de territorialización de la UTD por fuera de la institucionalidad, aunque siempre en tensión con la posibilidad de una articulación heterónoma y pragmática con respecto a las instituciones estatales.

Esta disputa en la “interface territorial” implica así una confrontación de mundos sociales y políticos con otros actores (por ejemplo, el Estado, empresas petroleras y de “agronegocios”, emprendimientos forestales, etc.) que nos interesa comprender en este trabajo. Estos movimientos sociales territorializados, campesinos, pueblos indígenas, trabajadores desocupados, etc.; emergen con fuerza en el espacio público enfrentando a los escenarios estructurales construidos desde las políticas neoliberales. La tierra y los recursos naturales que se encuentran en estos territorios, resultan en la actualidad en elementos estratégicos para la reproducción del sistema económico hegemónico. Así, “la desterritorialización productiva (a caballo de las dictaduras y las contrarreformas neoliberales) hizo entrar en crisis a los viejos movimientos, fragilizando sujetos que vieron evaporarse las territorialidades en las que habían ganado poder y sentido. La derrota abrió un período, aún inconcluso, de reacomodos que se plasmaron, entre otros, en la reconfiguración del espacio físico. El resultado, en todos los países aunque con diferentes intensidades, características y ritmos, es la re-ubicación activa de los sectores populares en nuevos territorios ubicados a menudo en los márgenes de las ciudades y de las zonas de producción rural intensiva” (Zibechi, 2003b, p. 186).

REFLEXIONES A MODO DE CONCLUSIÓN

Podemos afirmar que el proceso de territorialización de la UTD opera como una propuesta alternativa para el conjunto de los habitantes de la región, donde las marcas distintivas se encontrarían ligadas a la recuperación de la “cultura del trabajo”, con la preservación del medio ambiente y el uso sostenible de los recursos naturales, las tradiciones organizativas de la región, la construcción de una “autonomía pragmática”, la solidaridad, el valor y el coraje en las acciones colectivas de protesta, la autogestión productiva y comunitaria, etc.

De esta manera, con diversas limitaciones, contradicciones y potencialidades, inherentes a todo “campo de experimentación social”, la UTD conforma un entramado de proyectos autogestionados, demandas políticas y sociales; así como formas de acción colectiva que marcan y reconstruyen un territorio determinado, intentando articular así una particular manera de practicar y habitar el territorio y utilizar los recursos naturales; en definitiva, conformando una apuesta hacia nuevas formas de vivir en comunidad.

El territorio y el uso de los recursos naturales aparece, entonces, como un espacio de subjetivación para los movimientos sociales que habilita la reconstitución del tejido comunitario a través de la doble experiencia de la acción colectiva: el momento de la *visibilidad* en los cortes de ruta y las puebladas, como también el momento de la

latencia desplegado en el territorio por los proyectos comunitarios y productivos que realiza la UTD en la zona. En efecto, si bien es cierto que cada vez que un movimiento social realiza acciones colectivas de protesta en el espacio público pone en juego su propia identidad como tal, también, como intentamos demostrar en este trabajo, podemos afirmar que el territorio –disputarlo, habitarlo, practicarlo, transformarlo– consolida y/o reifica este proceso identitario, complementa la resignificación identitaria que brinda la visibilidad de la acción colectiva, la complejiza y la enriquece. Es así, como estos dos momentos de la acción colectiva se retroalimentan y transforman mutuamente.

En efecto, podemos afirmar que la UTD ha encarado, en la práctica, una recreación del Estado y del territorio que anteriormente era configurado por la matriz y la práctica estatal de la vieja YPF; ordenamiento y configuración social y espacial que el Estado abandonó durante el proceso neoliberal de privatizaciones. Es importante señalar que esta recreación territorial de la UTD no se construye mediante los mecanismos institucionales tradicionales e institucionales, sino a partir de la generación de sus propias herramientas de producción, cultura y organización. En otras palabras, la UTD intenta reconstruir un proyecto colectivo alternativo, generado desde abajo y protagonizado por quienes fueron excluidos y que hoy, a partir de estas nuevas prácticas de organización, producción y acción colectiva, se convierten nuevamente en sujetos activos y creadores, generadores de, como ellos mismos dicen, “una nueva cultura de la vida”. Como todos los movimientos sociales que disputan territorios, la UTD genera otros sentidos, conocimientos y valores en torno al territorio y los recursos naturales, resignificando a la vez ese espacio geográfico en disputa así como las propias identidades de quienes conforman el movimiento social.

Consideramos también que el proceso de resignificación del territorio y de los recursos naturales, con sus particularidades, adquiere dimensiones performativas para los movimientos sociales, ya que pone en práctica nuevas formas de organizar lo social, lo económico y lo político. En definitiva, al poner en práctica estos “campos de experimentación social” (Santos, 2003), los movimientos sociales dan cuenta en lo cotidiano de estos *nuevos mundos* que se proponen construir. El territorio y sus recursos naturales aparecen, entonces, como una esfera donde la acción de los sujetos implica nuevas reconfiguraciones que escapan, contingentemente, a los propios sentidos de los actores, participen o no dentro de los movimientos sociales en cuestión. La construcción de viviendas, la defensa de bosques, o fuentes de agua dulce, los proyectos productivos autogestionados, la creación de escuelas, etc., habilitan novedosas lecturas de los actores

que se aglutinan alrededor de ese territorio; al apropiarse de esa resignificación, la fortalecen, la complementan y/o la disputan; pero de todas maneras se construye una “interface territorial” desde la cual el territorio y las identidades sociales pueden redefinirse. De este modo, en nuestro continente, los movimientos sociales se van conformando como “movimientos territoriales, caracterizados por lenguajes de valoración específicos respecto de la territorialidad que enfatizan la defensa y la promoción de la vida y la diversidad” (Svampa, 2008, p. 77) El territorio es, entonces, un espacio complejo, atravesado por las relaciones entre distintos actores sociales, provenientes de diversos anclajes estructurales con asimetrías de recursos materiales y simbólicos, un espacio complejo atravesado por el conflicto y la propia indeterminación de lo político y lo social.

Es este mismo anclaje territorial o esta construcción de territorialidad la que da una característica singular a estos movimientos, y, a modo de hipótesis, podemos reflexionar si no es esta misma territorialidad la que permite a estos movimientos reconstruir identidades y lazos sociales de manera perdurable en el tiempo (y en un territorio específico). De esta manera, los movimientos son capaces de construir una alternativa a lo que definimos como la “encrucijada de los movimientos sociales”. Esta idea señalada por diversos autores⁴ plantea que, por un lado, los movimientos sociales tienden hacia la institucionalización política, por medio de la formación o incorporación en partidos políticos y/o organizaciones y redes no gubernamentales o por medio de la incorporación a algún nivel de gestión estatal. Por otro lado, plantean que la otra posibilidad de los movimientos sociales es la tendencia a la conformación de un esquema “autorreferencial”, es decir, un proceso de estancamiento en torno a sus demandas específicas o “corporativas”. En cambio, nosotros consideramos que, aunque los movimientos sociales siempre se encuentren en una tensión entre la institucionalización y el proceso de autorrestricción, perdiendo en ambos casos su faceta antisistémica, es decir, sus características disruptivas y su radicalidad, es justamente el proceso de territorialización el que habilita una alternativa a esta encrucijada. En efecto, esta territorialización, a nuestro entender, le brinda a los movimientos sociales la posibilidad de recrear otros “mundos de vida” (Leff, 2002), reconfigurar nuevos sentidos y formas de sociabilidad, generar “campos de experimentación social” (Santos, 2003) que actúan como ensayos prácticos de las demandas y luchas de los propios movimientos sociales. Así, prácticas más o menos autónomas, más o

4 Unger, 1987; Touraine, 1990; Garretón, 1987; Munck, 1995; entre otros.

menos disruptivas en ámbitos como la educación, la salud, la economía alternativa, o la cultura, entre otros, son territorializadas por los movimientos sociales. De esta manera, al desplegarse en el territorio logran, potencialmente, mantener su carácter disruptivo y antagonista al sistema institucional, sin “encerrarse” necesariamente discursos y prácticas autorrestringidas o en procesos de institucionalización de sus acciones colectivas y demandas. Estos “campos de experimentación” de los movimientos territorializados cobran un sentido político en cuanto plantean hacia el conjunto de la sociedad un ejemplo de formas alternativas de organización que, a la vez que se muestran como posibles, aparecen en disputa con las formas organizativas cristalizadas del sistema. Generalmente, estas experiencias mantienen relaciones y demandas con respecto al Estado y la institucionalidad política, pero no quedan necesariamente subsumidas a las lógicas políticas de las instituciones sistémicas. En definitiva, se trata de dejar abierta la posibilidad de que ocurran cambios sociales y políticos más allá de las instituciones establecidas. Asimismo, resulta interesante interrogarse si es posible que, a partir de estos “campos de experimentación”, los movimientos sociales puedan articularse políticamente, es decir devenir en “actores políticos” capaces de cuestionar la “gramática del poder” (Giarracca, y Teubal, 2006); el “pacto fundante” del capitalismo argentino (De Ípola, 1997, 2001), construyendo novedosas alternativas políticas y sociales desde sus territorios. A modo de hipótesis, nos interesa reflexionar acerca de la reconfiguración de identidades que se genera en el propio proceso de organización, acción colectiva y construcción de territorialidad, es decir, como un proceso que genera un reforzamiento de identidades en el plano social, pero también configura a los movimientos sociales como actores políticos (Merklen, 2005). Nuestra apuesta teórica es, entonces, que el proceso de territorialización habilita a los movimientos sociales a continuar con una de sus características principales que es la disruptividad en relación con la sociedad hegemónica. La acción colectiva habilita la construcción de un “nosotros”, de una nueva identidad política disruptiva y recursiva que se da en los momentos de irrupción en el espacio público, a la vez que las experiencias territoriales de los movimientos retroalimentan los momentos de visibilidad y reconfiguran también las identidades políticas y sociales.

Si bien Melucci reflexiona en torno a movimientos sociales que pugnan por los recursos de información y comunicación, extrapolamos esta idea para reflexionar sobre las disputas de los movimientos sociales por el territorio, entendiendo que es allí donde “surgen las demandas de autonomía que impulsan la acción de los individuos y grupos, donde estos plantean su búsqueda de identidad al transformarlos

en espacios reapropiados donde se autorrealizan y construyen el significado de lo que son y lo que hacen” (1994b, p. 111). En este sentido, también resulta importante advertir que la protesta social puede pasar de ser un acontecimiento novedoso y disruptivo a ser un evento normalizado, sedimentado, logrando o no la expansión de derechos sociales, políticos y/o democráticos. Lo que nos interesa destacar, en este caso, es que si este proceso de “normalización” se configura en un determinado territorio, y esa territorialidad opera de manera disruptiva, lo que se “institucionaliza” entonces es esa misma disruptividad. Por lo tanto, si es posible la conformación en el propio territorio de una nueva institucionalidad, esta resulta en una “institucionalidad disruptiva”, en el sentido de que se reterritorializa una nueva forma de reproducción de la vida en esos territorios. Cabe señalar que estos proyectos son procesos inacabados, que configuran potencialmente nuevas formas de sociabilidad, y por eso mismo son experiencias marcadas por la incertidumbre y la contingencia del propio devenir de los procesos que se encuentran construyendo estas experiencias ancladas en los territorios.

En definitiva, el planteo de la llamada “encrucijada de los movimientos sociales” implica una crítica hacia una supuesta “ineficacia” política de los movimientos sociales. Esta crítica parte, desde nuestro punto de vista, de un enfoque restringido tanto de lo que consideran como “lo político” así como de la esfera de la acción colectiva y la incidencia de los movimientos sociales en el conjunto de la sociedad. Así, involuntariamente o no, se desvalorizan e invisibilizan esos espacios de producción de política e identidad que se genera en los momentos de latencia de los movimientos sociales, generando “un enfoque que se concentra exclusivamente en los aspectos medibles de la acción colectiva, es decir, en la relación con los sistemas políticos y los efectos sobre las directrices políticas, mientras que descuida o infravalora todos aquellos aspectos de esa acción que consisten en la producción de códigos culturales; y todo ello a pesar de que la elaboración de significados alternativos sobre el comportamiento individual y colectivo constituye la actividad principal de las redes sumergidas del movimiento, además de la condición para su acción visible” (Melucci, 1994, p. 125). Finalmente, creemos que los territorios disputados y reapropiados por los actores sociales son lugares por excelencia, aunque no los únicos, para la construcción y la experimentación de estas “redes sumergidas” de los movimientos sociales de nuestro continente. Son, entonces, estos “territorios insurgentes” los que habilitan los procesos de autonomía desde abajo de los diferentes movimientos sociales de Nuestra América, en este caso la UTD de Gral. Mosconi.

De este modo, comprender cuáles son las características particulares que asumen algunos de los movimientos sociales en América Latina, nos lleva a plantear nuestras reflexiones desde un punto de vista específicamente “situado” en nuestro propio continente, en el sentido que plantean algunos autores del pensamiento descolonial o poscolonial (Quijano, 2003; Mignolo, 2003) de reflexionar críticamente desde las ciencias sociales situados en una posición periférica, “situados desde el sur”, con una mirada atenta, al tiempo que crítica y reflexiva con respecto a las miradas eurocéntricas.

Este despliegue territorial y el uso particular de los recursos naturales implica, así, prácticas políticas y económicas que, junto a novedosas formas de acción colectiva, religan a diferentes actores sociales excluidos, que con sus propias prácticas ensayan la constitución de nuevos modos de vivir en sociedad, por fuera de los límites tradicionalmente fijados por la institucionalidad del Estado-Nación. Al mismo tiempo, el reordenamiento territorial que realizan las empresas multinacionales con su lógica extractiva y mercantilizadora de los recursos naturales excluye a la mayoría de la población de la región. Así, el sentido último y estratégico de la territorialidad de los movimientos sociales pareciera ser la conformación de un nuevo orden social en y desde el territorio en disputa, reconfigurando no solo la relación y el uso de la tierra y los recursos naturales, sino reconstruyendo los lazos sociales y resignificando las lógicas de gobierno y representación política, es decir, la gestión de la propia comunidad.

Es de esta manera que afirmamos que los movimientos sociales que se territorializan habilitan la posibilidad de mantener, desde la *latencia*, sus características disruptivas con el sistema institucional, conformando en el territorio un esquema performativo de nuevos modos societales. Los conceptualizamos como “campos de experimentación social” ligados a nuevas formas de autogestión territorial, que habilitan a estos movimientos sociales una perdurabilidad disruptiva anclada en el territorio; proceso que permite superar la llamada “encrucijada de los movimientos sociales” que plantea una dicotomía entre la opción “institucionalizadora” o la opción “autorreferencial” restringida a los reclamos sectoriales de los movimientos sociales.

Lo que se reconstruye a partir de las acciones colectivas y del proceso de territorialización es un sentido de pertenencia social. Más aún, podemos afirmar que el devenir del propio movimiento social anclado en el territorio, entre la *visibilidad* y la *latencia*, es el que habilita la reconstrucción de los lazos perdidos, de las identidades desmanteladas por esas condiciones estructurales que si bien condicionan, no determinan un proceso social dado ni tampoco determinan en una dirección unívoca la conformación de ciertas identidades sociales. Son,

entonces, las propias acciones colectivas y el “habitar” los territorios los que otorgan y reifican las identidades de los sujetos. Es, en este sentido, que hablamos de la “politicidad” de los movimientos sociales, ya que estos no operan en esta esfera únicamente cuando irrumpen en el espacio público, sino que lo hacen cotidianamente con sus prácticas territoriales, allí donde los actores sociales reifican sus identidades.

Esta característica de la territorialidad de los movimientos sociales, que surge a partir de las propias experiencias de distintas organizaciones sociales de América Latina, puede vislumbrarse en diversos movimientos campesinos y de pueblos originarios; pero también en algunos movimientos de trabajadores desocupados, movimientos ambientalistas, fábricas recuperadas por sus trabajadores, movimientos barriales/vecinales, etc. Es a estos movimientos a los que podemos caracterizar como movimientos “socio-territoriales”; donde la territorialidad radica en la reapropiación social y política de un espacio geográfico determinado. Es en ese “territorio insurgente”, en ese espacio habitado y practicado socialmente donde estos movimientos sociales construyen proyectos disruptivos con, por lo menos, alguna de las dimensiones del orden social económico, cultural, político, educativo, sanitario, etc.

Es así como, en algún lugar entre la visibilidad y la latencia, entre la cooperativa y la ruta, en algún momento entre la acción y la estructura, entre la idea de autonomía y la idea de heteronomía, en algún lugar entre la nostalgia y el porvenir, está, se construye, ese momento disruptivo y creativo de los sujetos que permite construir nuevas identidades sociales y nuevas condiciones de posibilidad de la propia existencia; en definitiva, nuevos territorios insurgentes. Entrecruzados entre estos tiempos, espacios y conceptos se encuentran estos procesos que habilitan la construcción de nuevos mundos de vida y “campos de experimentación social”; experiencias posibles ya por el solo hecho de irrumpir en la escena pública y reconstruir territorios. Este es el momento más interesante de los movimientos sociales, el de la creación y la experimentación. Ese lugar y ese tiempo, topográfico a la vez que político, donde se reifican las identidades y los lazos sociales. Ese espacio-tiempo donde todo, incluso lo imposible, parece posible.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, M. A, y E. Vázquez. (2000). De YPF a la ruta: un acercamiento a Tartagal en M. Panaia, S. Aparicio y C. Zurita (eds.). *Trabajo y población en el Noroeste argentino*. Buenos Aires: La Colmena.
- Almeyra, Guillermo (2004) *La protesta social en la Argentina (1990-2004)*, Buenos Aires Ediciones Continente.

- Atschuler, J. (2001). Norte de Salta, escuela de piqueteros. Buenos Aires, mimeo.
- Azpiazu, D., E. Basualdo y M. Khavisse. (2004). *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Barbetta, P. y P. Lapegna. (2001). Cuando la protesta toma forma: los cortes de ruta en el norte salteño en N. Giarracca (comp.). *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.
- Bauman, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benclowicz, J. (septiembre de 2005). *Pobreza y conflicto social: una relación compleja. El caso de Tartagal-Mosconi*. III Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Benclowicz, J. (septiembre de 2007). *Del conflicto a la protesta, de la protesta al conflicto. Tartagal-Mosconi y la conformación del movimiento de trabajadores desocupados*. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Benítez Larghi, S. e I. Sabbatella. (2006). Unos desocupados muy ocupados. Unión de Trabajadores Desocupados de Gral. Moscón. *La Fogata* (1) Abril. Buenos Aires: Ediciones Acercando Leños.
- Carrá, J. y J. López Mac Kenzie. (2006). Los caminos del poder popular. Los proyectos productivos de la UTD en Equipo de Educación Popular "Pañuelos en Rebeldía", *Mosconi. Cortando las rutas del petróleo*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Ceceña, A. E. (2001). La territorialidad de la dominación. Estados Unidos y América Latina. *Revista Chiapas* (12). México: Ediciones Era.
- _____. (2004). *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- _____. (2008) *Derivas del mundo en el que caben todos los mundos*. México: CLACSO-Siglo XXI Editores.
- Ceceña, A. E. y E. Sader. (2002). La Guerra Infinita: Hegemonía y terror mundial en A. E. Ceceña y E. Sader (comp.). *La guerra infinita: hegemonía y terror mundial*. Buenos Aires, CLACSO.
- Coronil, F. (2003). Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo en E. Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

- Cotarelo, M. C. (2005). Recursos naturales y conflicto social en la Argentina actual. *Revista OSAL-Observatorio Social de América Latina* (17). Buenos Aires: CLACSO.
- De Ípola, E. (1997). *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*. Buenos Aires: Ariel.
- _____. (2001). *Metáforas de la política*. Rosario: Homo Sapiens.
- Dinerstein, A., D. Contartese y M. Deledicque. (2008). ¿Reemplazando al municipio, al sindicato, a la ONG y al partido político? Notas de investigación sobre la innovación organizacional en las organizaciones de trabajadores desocupados en Argentina. *Realidad Económica* (234). Buenos Aires: IADE.
- Dinerstein, A. (2001), El poder de lo irrealizado: el corte de ruta en la Argentina y el potencial subversivo de la mundialización. *Revista OSAL-Observatorio Social de América Latina* (5). Buenos Aires.
- Domínguez, D., P. Lapegna y P. Sabatino. (2006). Un futuro presente: Las luchas territoriales. *Nómadas* (24). Bogotá: Universidad Central.
- Equipo de Educación Popular “Pañuelos en Rebeldía”. (2006). *Mosconi. Cortando las rutas del petróleo*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Escobar, A. (2003). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? en E. Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Esteva, G. (2000). Desarrollo. en V. Andreu (comp.). *Antropología del desarrollo*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernandes Mançano, B. (2005). “Movimientos socio-territoriales y movimientos socio-espaciales. *OSAL* (16). Buenos Aires.
- Fernández, J. C. “Gipi”. (2008). Recuperar la autonomía es recuperar el Estado en N. Giarracca y G. Massuh (comps.). *El trabajo por venir. Autogestión y emancipación social*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- García Guerreiro, L. y J. Wahren. (2005). *Identidades en construcción y acción colectiva de los jóvenes del norte argentino. Una comparación de los casos de la Unión de Jóvenes Feriantes de Misiones y los jóvenes de la UTD de Gral. Mosconi (Salta)*. III Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- García Guerreiro, L. y J. Wahren. (2007). *Movimientos sociales y ¿nuevas? Economías*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

- Garretón, M. (1987). *Reconstruir la política. Transición y consolidación en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andante.
- Giarracca, N. y M. Teubal (2006). Democracia y neoliberalismo en el campo argentino. Una convivencia difícil en H. de Grammont (coord.). *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO.
- Giarracca, N. y J. Wahren. (2005). Territorios en disputa: Iniciativas productivas y acción política en Mosconi, Argentina. *Revista OSAL-Observatorio Social de América Latina* (16). Buenos Aires: CLACSO.
- Giarracca, N. y J. Wahren. (marzo de 2006). *Recuperación de estado ¿Qué Estado?: Mosconi, Argentina después de ocho años de lucha*. [Ponencia] XXVI Congreso de LASA, San Juan de Puerto Rico.
- Giarracca, N. (comp.). (2001). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.
- _____. (2005). La disputa por los recursos naturales en la Argentina. La ecología de escalas. *Conflictos globales, voces locales* (1) Octubre, Buenos Aires.
- _____. (2007). Organización y acción colectiva. El caso de la UTD de Mosconi, Salta en E. Villanueva y A. Massetti (comps.). *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*. Buenos Aires: Prometeo.
- González Bazán, E. (2001). Entrevista a Rodolfo “Chiqui” Peralta. *Revista La Maza*, Suplemento especial Noviembre. Buenos Aires: Colectivo La Maza.
- Ianni, O. (1998). *La sociedad global*. México: Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. y Ch. Mouffe. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lander, E. (comp.). (2003). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Lapegna, P. (2000). Actores heterogéneos y nuevas formas de protesta: los cortes de ruta en Tartagal –Mosconi, Salta. Informe de Beca Ubacyt, Buenos Aires, Inédito.
- Leff, E. (1986). *Ecología y Capital, Racionalidad Ambiental, Democracia Participativa y Desarrollo Sustentable*. México: Siglo XXI Editores.
- _____. (1998) *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI Editores.

- _____. (2002). La nueva geopolítica de la globalización económica-ecológica: la mercantilización del ambiente y la reapropiación social de la naturaleza. A. E. Ceceña y E. Sader (coord.). *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial*. Buenos Aires: CLACSO.
- _____. (2005) La geopolítica de la biodiversidad y el desarrollo sustentable. Economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza. *Revista OSAL-Observatorio Social de América Latina* (17). Buenos Aires.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. México: COLSAN-CIESAS.
- Melucci, A. (1994a). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Zona Abierta* (69). Madrid.
- _____. (1994b). Qué hay de nuevo en los ‘nuevos movimientos sociales’? en C. Lasaña y J. Guefield (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Mignolo, W. (2003). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad en E. Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Munck, G. (1995). Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales. *Revista Mexicana de Sociología* Año LVII (3), Julio-Septiembre. México: UNAM.
- Quijano, A. e I. Wallerstein (1992). Americanity as a Concept, or the Americas in the Modern World-System. *Internacional Social Sciences Journal* (134). París: UNESCO.
- Polanyi, K. (1992). *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Porto Gonçalves, W. (2001). *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI Editores.
- _____. (2002). Da geografia ás geo-grafías: um mundo em busca de novas territorialidades en A. E. Ceceña y E. Sader (coords.). *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial*. Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, A. (2003) Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en E. Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Santos, B. de S. (2002). *Produzir para viver. Os caminhos da produção não capitalista*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

- _____. (2003). *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: La ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- _____. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar La emancipación social [Encuentros en Buenos Aires]*. Buenos Aires: CLACSO.
- Scott, J. (1998). *Seeking like a state*. New Haven-Londres: Yale University Press.
- Svampa, M. y S. Pereyra. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores/CLACSO.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza.
- Touraine, A. (1990). *Movimientos sociales de hoy, actores y analistas*. Barcelona: Hacer.
- Unger, R. (1987). *False Necessity. Anti-Necessitarian Social Theory in the Service of Radical Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Wahren, J. (2008). Construyendo territorios: Corporaciones, movimiento social y proyectos autogestionados en Mosconi, Salta (Argentina) en B. Mançano Fernandes (org.). *Campesinato e agronegócio na América Latina: a questão agrária atual*. San Pablo: CLACSO-Expressão Popular.
- Zibechi, R. (2003a). *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Buenos Aires: Letra Libre-Nordan Comunidad.
- _____. (2003b). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. *Revista OSAL-Observatorio Social de América Latina* (9). Buenos Aires: CLACSO.
- _____. (2006). Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos. *Revista OSAL-Observatorio Social de América Latina* (21). Buenos Aires: CLACSO.
- _____. (2008). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires: Lavaca Ediciones.